



DIÁLOGO DE LAS RELIGIONES y autocomprensión cristiana

Andrés Torres Queiruga
Sal Terrae, Santander, 2005
151 páginas

Estamos acostumbrados, por la tradición cristiana a pensar que Dios, desde la eternidad, escogió un pueblo y le comunicó lo más precioso que tiene: la revelación. Nos parece normal que Dios hiciera así, porque Él es soberanamente libre.

Luego se añade, para hacer pasar esta píldora amarga para las otras poblaciones, que la tarea del pueblo judío y luego del propio pueblo cristiano es la de comunicar lo recibido a todos los demás pueblos y civilizaciones que quizá viven en la ignorancia.

Es una expresión fuerte, no obstante, en el pasado reciente hubo algunas expresiones semejantes antiguas:

- “Fuera de la iglesia no hay salvación”
- “En los años transcurridos desde la segunda guerra mundial más de mil millones de almas han pasado a la eternidad y de ellas, mas de la mitad al fuego eterno...” terrible expresión que en 1960 se dijo en un congreso misionero de Chicago

... y está claro que no deben interpretarse con un *ahistoricismo* que no tiene en cuenta la mentalidad de aquellas épocas. Pero no nos impiden luchar por abandonar (como lo hacen ya la mayor parte de los teólogos) la concepción *exclusivista* de la revelación.

Se constata una progresión:

El **Concilio de Florencia** en 1442, dice lo siguiente:

El concilio cree firmemente, confiesa y predica que ninguno de los que existen fuera de la iglesia católica, no sólo los paganos, sino también los judíos o heréticos, así como los cismáticos, pueden llegar a ser partícipes de la vida eterna; sino que irán al fuego eterno, “que está preparado para el diablo y sus ángeles”, a no ser que antes del fin de su vida sean agregados a ella (la iglesia).

Pero ya el **Concilio Vaticano II** en 1965 rectifica estas terribles aseveraciones:

La iglesia católica nada rechaza de lo que en estas religiones [no cristianas] hay de verdadero y santo. Considera con sincero respeto los modos de obrar y vivir, los preceptos y doctrinas, que, aunque discrepan en muchos puntos de lo que ella profesa y enseña, no pocas veces reflejan un destello de aquella Verdad que ilumina a todos los hombres [...]. Por consiguiente exhorta a sus hijos a que, con prudencia y caridad, mediante el diálogo y la colaboración con los adeptos de otras religiones, dando testimonio de la fe y de la vida cristiana, reconozcan, guarden y promuevan aquellos bienes espirituales y morales, así como los valores socio-culturales que en ellos existen.

¡Los dos textos son de la misma autoridad religiosa con cinco siglos de diferencia! Hoy, a pesar del inmenso avance que supone el segundo sobre el primero, cuarenta años después, nos resulta extremadamente tímido y restrictivo.

ESTAMOS ANTE UN PROBLEMA QUE SE HACE DIFÍCIL Y DELICADO

- La presencia de los **fundamentalismos** que absolutizan sus religiones sin posibilidad de crítica histórica ni de tolerancia con respecto a las demás...
- La instrumentalización de los credos religiosos para **finés bélicos**, que es otra manera de absolutizar lo recibido en la revelación y que impide todo diálogo.
- La **inquietud espiritual** ante la presencia en paralelo, muchas veces hostil, de las religiones en un mundo como el actual, que las pone irremediabilmente en un contacto creciente.

Hay tres actitudes ante el problema de las religiones:

- **Exclusivismo:** no admite revelación real y verdadera más que en la propia iglesia o religión. Aquí se sitúan los fundamentalismos y los extremismos religiosos.
- **Inclusivismo:** no excluye ni verdad ni salvación en las demás religiones. La religión propia las incluiría de cierta manera (teología conciliar: Jean Daniélou, Henri de Lubac y luego posteriormente Karl Rahner con su propuesta de los “cristianos anónimos”) pero no parece fácil hacer *diálogo* con esta postura porque la religión propia *ya lo tendría todo en ella misma*.
- **Pluralismo:** en donde todas las religiones, en definitiva, son iguales: manifestaciones equivalentes en su valor salvífico y en su verdad. La caricatura de esto serían algunos sincretismos como el “Moonismo”, ciertas sectas de renuevo espiritual, etc.

El autor no se siente cómodo en ninguna de las tres actitudes. Se inclina bastante del lado de la segunda, pero sobre todo de la tercera, en donde la autocomprensión cristiana deja de ser soberbia y egocéntrica para convertirse en **actitud modesta que no quiere imponerse a los demás y que parte de su propia situación para empezar el diálogo y confrontar con libertad los propios prejuicios y presupuestos.**

UN NUEVO PRESUPUESTO

La revelación como **mayéutica** da un carácter realista y verdaderamente humano de la revelación divina. La revelación no es algo que se acepta porque alguien nos dice que Dios ha dicho, sino que **lo que llamamos *revelación* es una respuesta real y concreta a preguntas humanas.**

De ese modo, *la descubrimos*
porque alguien nos la anuncia,
*pero la **aceptamos***
porque despertados por el anuncio,
“vemos” por nosotros mismos
que ésta es la respuesta justa.

El profeta o el fundador religioso no “meten” en sus oyentes algo externo o que les sea ajeno, sino que les ayuda a caer en la cuenta, a “dar a luz” lo que ellos o ellas ya son en su realidad más íntima.

Es de esa manera que podemos decir que la Biblia es “revelación”. Lo había proclamado ya el Cuarto Evangelio: “Ya no creemos por lo que tú cuentas; nosotros mismos lo hemos oído y sabemos que él es el salvador del mundo” (Jn. 4,42)

Íntimamente ligado al “caer en la cuenta” está el hecho que si esto es posible es porque, desde su amor activo y desde siempre **Él estaba haciendo todo lo posible por manifestarse.**

Y por manifestarse a todos y a todas en la máxima medida.

El límite no viene de una “tacañería” divina, que, pudiendo revelar más y mejor, no quiere hacerlo.

Viene de la inevitable limitación humana, infinitamente desproporcionada al misterio que trata de dársele.

Así pues podemos decir que la Biblia puede leerse como la narración de la “lucha amorosa” de Dios contra las incapacidades humanas.

También se puede decir que Dios no crea por amor a sí mismo o para que “le sirvan”, sino por amor al ser humano, con el fin de ofrecerles el don de participar en su plenitud y felicidad.

Se presenta una nueva situación, cuando se creía que la humanidad no tenía más que 6000 años, la revelación bíblica aparecía ante un mundo perfectamente abarcable, dominado por esa presencia bíblica, sin embargo, ahora se habla de al menos un millón de años. Consecuencia: la inmensa mayoría de la humanidad no ha tenido nada que ver con la revelación bíblica.

En la base de todo este discurso ha estado

1. una nueva idea de revelación

como un *caer en la cuenta* de lo que Dios, desde siempre y sin discriminación, está tratando de comunicar a todo individuo, a toda comunidad y a toda cultura.

2. la comprensión de la particularidad

como una necesidad de la realización – de toda realización – histórica, la cual a pesar de su destinación universal, esta siempre “situada” y, por lo mismo, resulta desigual en sus logros y configuraciones.

La caída del *exclusivismo* – hoy, por fortuna, generalmente reconocida – representa la consecuencia más sobresaliente y de importancia decisiva para el problema. En continuidad con esta caída, se ha impuesto revisar y, en

definitiva, abandonar la idea de *elección* como un privilegio por el que, de manera más o menos “voluntarista” o “favoritista”, la divinidad escogería a unos, decidiendo dejar a los demás abandonados o, al menos, relegados a un segundo plano.

Desde la nueva perspectiva, el punto de partida para el diálogo ha sido, por el contrario, **la constatación de la universal presencia reveladora y salvífica de Dios, que lleva a afirmar que, a su modo y en su medida, todas las religiones son verdaderas.**

De ahí que, *en principio*, en el encuentro con las otras religiones sólo cabe el diálogo paritario, donde, de entrada, todas las religiones se presentan en pie de igualdad.

En esta perspectiva es muy importante insistir en el significado de la *auto-comprensión* de la universalidad cristiana que se apoya en la convicción de que la revelación divina, presente en toda historia humana, y...

...ha alcanzado en Cristo la plenitud definitiva; pero aclarando que esa plenitud no se refiere a todos los detalles, sino únicamente a las claves fundamentales.

Lo cual significa confesar que la libre decisión divina de comunicarse totalmente y sin reservas a la humanidad ha encontrado **en Cristo la máxima recepción posible** en los límites de una concreción histórica. Él se ha mostrado capaz de experimentar en su radicalidad fundamenta la presencia activa de Dios y de acogerla en la entrega total de su libertad.

La novedad de la situación, al plantear problemas hasta ahora inéditos, hace sentir la deficiencia de los recursos hasta ahora empleados, suscitando la búsqueda de:

NUEVAS CATEGORÍAS

A. Pluralismo asimétrico (pág. 141)

Una vez reconocida y afirmada la presencia universal de la salvación, resulta más coherente esta opción. Desde ella parece posible lograr un difícil equilibrio que debe atender a dos frentes:

- por una lado mantener tanto el respeto al valor intrínseco de todas las religiones como el realismo de reconocer la independencia de su nacimiento y desarrollo en la historia;
- por otro, y también por realismo histórico y antropológico, no ceder ni al relativismo del “todo es igual” ni al *achatamiento* de buscar la universalidad en el mínimo común denominador.

En cualquier proceso histórico de descubrimiento – sea en la ciencia, en la filosofía o en la religión – todos ven algo, pero no todos lo ven en la misma medida ni con igual claridad.

Pero que alguien vea más o mejor (nunca en todos los aspectos), no tiene por qué interpretarse como privando a los demás de su visión propia, sino más bien como abriendo la posibilidad de enriquecimiento mutuo mediante el encuentro y el diálogo.

La “lógica de la gratuidad” debe sustituir a la “lógica de la concurrencia” y, como está escrito, hay que “dar gratis lo que gratis se ha recibido”

En este sentido, el trabajo ha asumido **la autocomprensión cristiana como culminación definitiva de la revelación de Dios en la historia.**

Insistiendo, eso sí, en que tal culminación no priva a ninguna religión de su verdad específica, **pues se refiere únicamente a las “claves fundamentales”**, no a la realización concreta, la cual es siempre deficiente en sí misma, y en muchos aspectos puede estar, y está de hecho, mejor lograda en otras religiones. La alusión al diálogo Oriente-Occidente ha insistido en la importancia **de afirmar el carácter personal de lo Divino** (nunca en el sentido de negación, sino en el de afirmación infinita).

Esta autocomprensión cristiana resulta tan osada que sólo puede hacerse hoy con temor y temblor, y, desde luego, obliga a una revisión muy profunda de la *Cristología* que, siguiendo el ejemplo del mismo Jesús, tiene que hacerse más teocéntrica. **Pero, al hacerlo, también ahora el realismo pide un delicado equilibrio que, al tiempo que acentúa la centralidad de Dios, no desdibuje el papel único e irrenunciable de la figura histórica de Jesús de Nazaret.**

Para ello este trabajo ha introducido una segunda categoría:

B. Teocentrismo jesuánico

Expresión un tanto difícil, pero que intenta aclarar los dos polos de la ardua opción en este campo:

- mantener con claridad el teocentrismo,
- dejar abierto un diálogo real y paritario con las otras religiones, a las que nadie puede negar, en principio, el derecho a su peculiar pretensión teocéntrica:

Sólo después, *a posteriori*, es decir, mediante el diálogo que compara las propuestas y ofrece razones, cabe la opción global de quien acoge el teocentrismo específico que se revela en la palabra y en el destino del

Nazareno. Razones que fundamentalmente se concentran en su propuesta de Dios como Amor sin límite ni discriminación, como fundamento de nuestra relación con Él, y (nuestra relación) de amor y servicio con los demás.

Este esfuerzo por el equilibrio se prolonga en la tercera de las categorías adoptadas.

C. Inreligionación

Ésta, reconociendo el avance que ha supuesto la categoría de “inculturación”, señala la necesidad de dar un paso más allá. Porque el peligro está en pensar que basta con respetar la cultura, pero suprimiendo la religión. Ello, desde el paradigma adoptado, equivaldría clarísimamente a la pretensión desmesurada de suprimir una presencia real de Dios en el mundo. De hecho, aunque no aparezca el nombre la realidad por él expresada tiene una presencia notable tanto en la teología como en la espiritualidad.

Desde la visión así configurada, conviene echar ahora una mirada a la situación actual, para intentar ver algo de lo que puede ser el futuro del encuentro entre las religiones.

Sea cual sea el acierto de las nuevas categorías... este intento se inscribe en una profunda renovación teológica.

Con todo, el diálogo sigue siendo difícil, pero no hay que ser pesimistas, porque lo más importante no se juega a nivel de los acuerdos teóricos sino en el contacto directo entre las diversas religiones. La oración común de Asís en 1986 también ha contribuido. Todo ello supone la existencia de un ecumenismo real *en acto* o *in fieri* de alcance incalculable. Las intuiciones cristianas están real y verdaderamente presentes en las demás religiones, igual que las de éstas están en la cristiana.

Ejemplos:

1. El cristianismo actual influido
 - Por las corrientes hinduistas y budistas.
 - Por el judaísmo a la hora de tratar el tema más sensible, el de la cristología.
 - Por el Islam con su fuerza configuradora de lo religioso en la vida real.
 - Por las tradiciones ancestrales de África y América con su sentido hondo de la solidaridad cósmica y de la comunión con los antepasados.
2. El cristianismo influyendo
 - En la india y en su sacralización de las castas.
 - En el judaísmo, reconfigurado por el impacto del universalismo cristiano.
 - En el Islam. Su lectura fundamentalista del Corán está siendo minada, una vez que los teólogos islámicos han entrado en contacto con la crítica cristiana de la Biblia.

- La religiosidad de África y América resulta imposible de comprender sin la presencia de la misión cristiana.

Se está produciendo una expansión real de los valores universalistas presentes en cada revelación concreta.

Por otro lado, Christian Duquoc, ha puesto un fuerte énfasis en el carácter insuperablemente fragmentario y no unificable de las distintas religiones. Esto tiene sus ventajas y es que, dada la condición humana, puede llegar a pensarse que la unificación total no sería siquiera deseable. Una sola religión mundial difícilmente escaparía a la tendencia uniformadora del poder, con su rígida jerarquización y su dogmatismo empobrecedor.

Un pluralismo vivido con generosidad y apertura tiene importantes ventajas. Y pensando en el ateísmo (que no se ha citado para no complicar el tema) en un futuro próximo debería ocupar más espacio en este tipo de tratamientos por dos razones:

- Porque su crítica ha aportado y sigue aportando a la purificación de las distintas religiones (cuando éstas saben abrirse a lo que hay de justo en sus preguntas).
- Porque lo radical de sus cuestionamientos constituye una llamada a lo verdaderamente fundamental y poner mejor de relieve aquello que une a todos desde la auténtica profundidad de lo religioso.

El hecho que resulte anticipar en la historia la perfecta unidad escatológica, dice Duquoc, promueve la fecundidad interna de cada religión, como en una sinfonía diferida que otorga a los fragmentos la posibilidad de expresar su originalidad y su riqueza.

Desde la autocomprensión cristiana, el creyente está hoy en condiciones de mantener el equilibrio de su fe en el gozo y la apertura de una doble experiencia. Si de verdad han descubierto en su vida el rostro del *Abbá* revelado en Jesús, podrán saborear la alegría evangélica de haber encontrado el tesoro porque vale la pena “vender todo lo que se tiene” (Mt. 13,44). Y, al mismo tiempo, sabiendo que ese tesoro lo poseen en vasos de barro (acogida estrecha y deficiente), seguirán atentos a las demás religiones, también ellas “plantadas por las manos del Amado”, para pedirles con humildad fraternal: “decid si por vosotros ha pasado”

Recensión elaborada por Xabier Zabalo Gómez
Centro Social Ignacio Ellacuría